

**Beata Baczyńska (ed.), Pedro Calderón de la Barca, *La iglesia sitiada*, Kassel, Reichenberger, 2009, 173 pp.**

La colección de Autos sacramentales completos de Calderón de la Barca se acerca ya a los 70 ejemplares publicados. Entre ellos, además de los autos calderonianos, hay estudios monográficos, actas de congresos, una bibliografía y un diccionario, una loa y, también, algunos autos de atribución insegura y uno adjetivado de apócrifo: *El gran duque de Gandía*.

*La iglesia sitiada* se encuentra entre los de dudosa autoría, a pesar de que no se mencione en la portada. Por esto la editora ha focalizado su investigación en el análisis de aquellos detalles que puedan proporcionar datos con los que elaborar una hipótesis coherente acerca de la autoría del texto. El primer aspecto que tiene en cuenta en su estudio introductorio es el de la fecha de composición.

Tampoco se conoce en qué momento se compuso o cuándo se representó *La iglesia sitiada*. Al faltarnos los documentos que puedan aportar algo de luz a la cuestión, la editora centra su atención en el propio texto. Se trata de un auto sacramental no muy logrado que podría incluirse entre los de carácter histórico o, aún mejor, con los llamados «de circunstancias», según la tipología establecida por Valbuena Prat. A partir de la imagen de la iglesia militante —que Calderón utilizó en otros tres autos: *El socorro general*, *El cubo de la Almudena* y *Amar y ser amado y divina Filotea*— el autor desarrolla un argumento bélico en el que el principal enemigo de la iglesia será la Herejía (identificada con el protestantismo), empeñada en sembrar la duda en las provincias del norte. Estos datos parecen remitir a la guerra de los Treinta Años, en la que combaten, a grandes rasgos, católicos contra protestantes. Además, el argumento del auto guarda relación con un suceso ocurrido con la entrada de Francia en la guerra, y que, al parecer, conmocionó las conciencias de la fervorosa España: el saqueo de Tirlmont (hoy Tienen, Bélgica) por tropas francesas el 9 de junio de 1635. Los versos 956-1019 del auto son una paráfrasis de las noticias que llegaban a la península acerca de los desmanes y las tropelías de

los francos. En concreto, la editora advierte ciertas semejanzas con una *Copia de avisos enviados de Flandes al excelentísimo señor Marqués de Valparaíso, virrey y capitán general del Reino de Navarra y sus fronteras*, impresa a finales de 1635, que se incluye completa a modo de apéndice al final del estudio introductorio.

Sustentada por estos y otros paralelismos, la editora expone la hipótesis de que el auto se escribiera para ser representado durante las celebraciones del Corpus de 1636. Esta puesta en escena gozaría del valor añadido de la actualidad de los hechos, a la vez que se uniría a los actos que desde julio de 1635 se venían celebrando por toda España en desagravio por las vejaciones sufridas por el Santísimo Sacramento en Tirllemont.

Una vez defendida la hipótesis en cuanto a la fecha de composición y representación, ésta puede servir de báculo para afianzar el asunto de la autoría. Un repaso a la crítica revela que el problema tiene raíces profundas, pues ya Juan Isidro Fajardo, en 1718, lo incluyó entre los que consideraba de autoría dudosa, pero también pone de manifiesto que no se ha llegado a ninguna conclusión firme: ni Valbuena Prat, que lo publicó por vez primera en 1952, ni A. A. Parker (1943), ni Edward M. Wilson (1964), ni tampoco Enrique Rull (1996) van mucho más allá de cuestionar que los versos hayan sido escritos por don Pedro Calderón. El principal argumento que unos y otros esgrimen en contra de la autoría calderoniana son las varias deficiencias de la composición: versificación de calidad desigual, argumento endeble y con escenas mal engarzadas, etc.

Partiendo de la fecha establecida como probable, la editora nos propone echar un vistazo a la situación del dramaturgo en esos momentos: se halla en la corte, nos dice, haciendo carrera, preparando *partes* de comedias y fiestas cortesanas. Y en medio de este ajetreo llegan a España las noticias trágicas de lo sucedido en Tirllemont y toda la nación se desvela en actos de desagravio al Santísimo Sacramento. ¿Es posible que en medio de esta vorágine se le ocurriera —o se le encargara— a don Pedro un auto también de desagravio? Por supuesto. ¿Y es posible que saliera mediocre debido a las prisas con que fue compuesto, tal y como sugiere la estudiosa? También. Sin duda es un análisis verosímil y que hay que considerar como posibilidad, pero no resuelve el problema de la autoría de *La iglesia sitiada*, que tal vez de-

bería haberse publicado, como *El primer blasón del Austria* o *El convite general*, como auto de atribución insegura.

La presentación de los datos externos al texto finaliza con una mención breve a la posibilidad de que se representara el auto en Valencia en 1641, junto con *El gran teatro del mundo*. El documento que sustenta esta nueva hipótesis es una descripción de los dos carros que se utilizaron en esas fiestas. El primero de ellos puede recordar a la escenografía de *El gran teatro*, mientras que el segundo, llamado «carro de Tertimón» guarda cierta semejanza con la decoración que requiere *La iglesia sitiada*. Tal vez sea apresurado deducir de estas someras descripciones una representación, pero, en todo caso, es un dato más que había que tener en cuenta al intentar reconstruir la historia de este auto sacramental.

Una vez presentados los datos externos del auto, el estudio introductorio continúa con la explicación desmenuzada del argumento, que desvela la alegoría y acompaña la exposición con las explicaciones históricas que permitirán al lector situar el drama en su justo contexto; el esquema métrico correspondiente y el estudio de todos los testimonios conocidos que nos han transmitido el texto sacramental.

Para finalizar su estudio, la editora comparte sus conclusiones acerca de un manuscrito peculiar: algunos cambios en los versos despertaron sus sospechas acerca de la procedencia de ese texto en concreto. Y en este caso sí se llega a una conclusión bastante sólida. No sólo esas variantes en los versos remiten a una versión peruana de *La iglesia sitiada*, sino que su representación en Lima parece confirmarse por la aparición del título en un poema de circunstancias en el que el pie de cada una de las 142 décimas es el título de una obra dramática, con lo que se convierte en un peculiar índice de representaciones limeñas.

En cuanto al texto del auto, su edición es cuidada, como suelen ser las de esta colección, aunque tal vez le haya faltado una última revisión para enmendar esos molestos errores tipográficos que a veces se cuelan y estorban la lectura.

Mónica Roig  
Universidad de Navarra